

# Evolución espiritual

La comprobación indudable de la evolución de las especies y de la evolución general de todo lo concerniente al Universo, sumada a la aceptación del origen mental, energético o espiritual de las formas vivientes, crea la necesidad de inferir la misma evolución en el plano espiritual.

Sería inexplicable que la fuente de origen, es decir el alma, estuviera constituida por elementos estáticos, sin capacidad de progreso, y se encarnara en cuerpos biológicos con la potencialidad de obtener formas cada vez más complejas y perfectas.

El motor y la energía debe, por el contrario, poseer una enorme capacidad de evolución y progreso, proyectada hacia la materia orgánica para expresarse y consolidarse como organismo cada vez mejor. De esta manera, el movimiento del pensamiento filogenético debe evidenciar la evolución de los seres a través de la consciencia, así como la proyección individual ontogenética, imprimirá en cada organismo las características particulares de cada uno.

Lograr una idea central de unidad bio-psico-social-espiritual en todos los seres vivos en evolución, permitiría admitir una unidad en la diversidad, como forma de encadenamiento del proceso evolutivo.

En la naturaleza no existen privilegios, por lo tanto, el espíritu humano sólo podrá ser el resultado de la elaboración de las experiencias adquiridas en la escala de las manifestaciones vitales, tal como acontece con todos los seres vivos.

Numerosos pensadores han aportado teorías que intentan explicar la evolución espiritual unida a la evolución biológica y de ellas podemos extraer ciertas conclusiones.

Podemos admitir fácilmente que el espíritu como tal, tiene un nacimiento, con un origen todavía alejado de nuestra investigación científica; luego transita una infancia evolutiva por medio de una existencia instintiva, con una débil consciencia de sí mismo y de sus actos; más tarde, la inteligencia se va desarrollando paulatinamente, sobre la base de múltiples experiencias de vida, en innumerables cuerpos orgánicos que le sirven de sustrato. En las etapas inferiores las manifestaciones instintivas del animal constituyen la inteligencia fragmentada y en proceso de desenvolvimiento, que en una escalada prolongada y enriquecedora alcanza el nivel humano.

El inicio de la manifestación de la vida, tendrá que situarse en un punto originado en el Cosmos, en un determinado momento, como creación de una gran ley, emanada de una fuente inteligente con decisión suprema.

Basándonos en conocimientos de la física actual, este punto o explosión de energías, conocido como Big Bang, se puede imaginar como el encuentro de dos

líneas procedentes del infinito desconocido, delimitando campos con la producción de energías bajo innumerables formas, entre ellas el principio espiritual, simple y sin adquisiciones, pero con la potencia del desenvolvimiento futuro; y a partir de este núcleo energético primordial, se originaría un campo en continua expansión evolutiva, donde se puede explicar el paralelismo entre la evolución orgánica y mental.

De esta forma, sería posible esquematizar escuetamente el proceso de desarrollo bio-espiritual de la naturaleza, comprendiendo los fenómenos acaecidos en cada una de las etapas evolutivas, donde el impulso evolutivo del espíritu se refleja en las formas materiales, las cuales modela con sus potenciales, de un modo creciente.

En el Reino Mineral el principio inteligente es el responsable de las manifestaciones de ordenamiento y organización, como la regularidad molecular y la cristalización. Sus mecanismos internos están bien dirigidos, pero son absolutamente estáticos y caracterizados por su inactividad. Los minerales sufren periódicamente, renovaciones estructurales, abandonando la organización molecular y atómica, durante la fase de desintegración mineral. En este proceso el principio inteligente volvería a su medio y a la organización espiritual de la especie, que podría denominarse alma grupal, y constituye el ámbito donde se concentrarían las energías y sufrirían alguna forma de metabolización, con la finalidad de abastecerse dinámicamente para el retorno a la orientación mineral, en formas cada vez más complejas. Es evidente, que este proceso representaría un principio palingenésico primitivo.

Durante estas experiencias en las organizaciones minerales y en el retorno a su medio de origen, habría adquisiciones y maduraciones de su substancia energética, hasta que se llegara a un punto de crecimiento en que el Principio Inteligente tendría que despertar y afirmarse en posiciones superiores. Luego de potencializado, ese dinamismo se dirigiría entonces hacia el Reino Vegetal, a fin de adquirir nuevos implementos y conquistas, exigidos por un irresistible impulso en lo íntimo de su sistema. En esta nueva forma existiría ya algún movimiento, aunque no propiamente de locomoción, lo que lo diferenciaría del mineral estático, mientras que el crecimiento es ostensible.

En esta fase, el Principio Espiritual en evolución estaría movilizando organizaciones materiales más evolucionadas y complejas, no sólo las atómicas y moleculares que actúan a expensas del principio de afinidad, sino también elementos celulares, que reaccionan a los estímulos, gracias a la existencia de un nuevo logro expresado por un esbozo de la sensibilidad. De esta manera, la organización espiritual, más

allá del principio de afinidad, consolidado en la fase de mineral, poseería también sensibilidad, aunque ésta no debe ser confundida con la percepción propia de los sentidos animales.

Igual que en la fase mineral, en esta segunda fase, el Principio Espiritual sufriría innumerables y periódicas renovaciones por la ley palingenésica, y en cada regreso al seno del alma grupal, sumaría adquisiciones y reconstrucciones, para elaborar paulatinamente nuevos mecanismos en su intrincamiento en la materia vegetal, lo que le permitiría avanzar en la escala evolutiva. Es evidente, que los factores del medio deben cooperar enormemente, propiciando condiciones y enriqueciendo el "principio de la vida"; pero es necesario tener en cuenta que todas estas fases se darían en tiempos muy prolongados, y la maduración del proceso sólo se conseguiría después de milenios.

El principio espiritual madurado y elaborado en el reino vegetal durante épocas incontables, tendría que despertar en nuevas posiciones de vida, como una exigencia del impulso íntimo e indetenible de su naturaleza específica y superior, generada en la creación cósmica. Por eso, el Principio Espiritual buscará un nuevo grado evolutivo para mayores afirmaciones, manifestándose entonces, en el reino animal.

En esta fase, la condición primordial que caracterizaría al Principio Espiritual, sería la adquisición del instinto. Muy simple al principio, más tarde el impulso instintivo se presentaría con una eficiencia mayor y más depurada, gracias a los órganos más complejos en el plano evolutivo de las aves y mamíferos.

En el reino animal, el Principio Espiritual sufriría profundas transformaciones, originadas durante la lucha por la conquista de múltiples condiciones, necesarias para la atención de sus necesidades.

También aparecería otro hecho fundamental para la evolución del Principio Espiritual, que venía recorriendo sus diversas fases sometido a las sugerencias de toda la colonia o alma-grupo de la especie. Ahora, en un determinado momento, los núcleos de los diversos principios espirituales necesitarían la afirmación y la individualización, con lo que procurarían disociarse del determinismo integral de la colonia a la que pertenecen, pasando a una relativa independencia. En esta nueva situación, el individuo animal continuaría sufriendo las influencias espirituales de la especie; pero tendría un Yo, dotado de mecanismos más íntimos, que más tarde reflejará la responsabilidad individual, cuando el proceso de adquisición de la consciencia llegue a elaborarse.

Ciertos reptiles serían los primeros animales, que presentan el Principio Espiritual propio, esto es, un Yo independiente, pero aún con las vacilaciones propias del comienzo. En ellos, aparecería un pequeño órgano en el centro de la masa encefálica, conocido como glándula pineal, que constituiría el centro de las manifestaciones del Principio Espiritual, pero aún en fase inicial, representada apenas por pequeñas estructuras celulares. Esta significación espiritual le valió el crédito para ser denominado "ojo pineal".

A medida que éste se va desarrollando, por el avance de la escala zoológica, se hacen más patentes las nuevas adquisiciones psíquicas, hasta que alcanza su

punto más expresivo, en el ser humano. De esta forma, la glándula pineal sería, por excelencia, la glándula donde se asientan los fenómenos psicológicos y responsable por el procesamiento de los factores psíquicos más sutiles en el campo del consciente.

En consecuencia, es fácil deducir que en los animales superiores, incluido el ser humano, la estructuración de esa glándula es más compleja y eficiente, gracias a la evolución del Principio Inteligente, que le permite reflejar sus adquisiciones en los mecanismos del procesamiento vital. Los atributos de ese nuevo implemento representarían los primeros intentos en el proceso de formación de la consciencia y estaría acompañado por innumerables factores, que a través de la consolidación de su mecanismo, culminaría con la aparición del raciocinio.

Inicialmente, serían mecanismos vacilantes y sin posibilidades de fijación, pero a medida que las aptitudes se fuesen desarrollando, el proceso de raciocinio iría demostrando mayor autenticidad.

Una elaboración de tal magnitud, sólo se podría producir a lo largo de milenios, pues sería necesaria una constante transformación biológica, con un perfeccionamiento progresivo de las cualidades, para preparar las futuras bases de la intelectualidad, que sólo se podrá manifestar en mejores organizaciones físicas y en grupos celulares encefálicos con estructuras más complejas.

En esta fase, el Principio Espiritual se consolida en características individuales, pues ya constituye un Yo que posee ciertos recursos de identidad, y buscará la elevación hacia los estadios hominales, a través de la maduración y la organización progresiva.

Cuando el espíritu alcanza el reino hominal, continúa su condición evolutiva en diversas etapas, pasando las escalas de ser biológico, para alcanzar luego el ámbito social, experimentando y ampliándose más tarde hacia el ser moral, cuya inclinación al bien y a la instrucción lo llevarán a la conquista del estado espiritual. En el ser humano, la intelectualización se amplía con los procesos del raciocinio, que constituirá el carácter de la nueva fase evolutiva.

En resumen, en un proceso donde se evidencia el dinamismo evolutivo, sin privilegios y en búsqueda de una finalidad, desde los minerales, pasando por vegetales y animales, el Principio Espiritual se enriquecerá notablemente con las adquisiciones que propician los diversos grados, y ganará la fase hominal, donde el raciocinio y la intelectualización serán los precursores de la formación de la razón, que representará el atributo y característica de esta fase.

De la misma forma, se tendrán que elaborar los valores éticos y morales, así como el principio de responsabilidad, para que el ser humano pueda avanzar y salir de su grado inicial, definido aún como un estado de infrahumanidad o subnormalidad. En esta fase, el determinismo de la ley natural, absoluto en los reinos inferiores, parcialmente se retrae con la aparición del libre albedrío.

Gracias a las luchas, el logro de las aptitudes y las diversas selecciones naturales frente a los factores del medio, el ser humano estará capacitado para escalar un estadio más avanzado, donde la intelectualización y la razón se habrán ampliado y madurado, conformando el grupo mayoritario de seres humanos normales, en la etapa terrestre.

Consecuentemente, el impulso interno del espíritu, gracias a la existencia de responsabilidad, hará oscilar posiciones propias dentro del libre albedrío, que serán cada vez más expresivas, a medida que sean conquistados los nuevos grados evolutivos. De esta forma, el ser humano dirigido primero por las sensaciones y pasiones, alcanza luego el nivel intelectual, para transformarse más tarde, bajo patrones éticos y morales progresivamente más elevados.

Así, poco a poco, el interés altamente individual y egoísta se irá disipando, hasta que en la fase de los seres superiores o supra-normales, donde prevalece la intuición, se transformará en abnegación y fraternidad. Inicialmente, el ser humano se ubica en un egocentrismo gregario y sólo defiende los intereses del grupo familiar; luego, gracias a la conquista evolutiva, entenderá que todos los de su territorio son igualmente hermanos, necesitados de mutua cooperación, alcanzando un esbozo de socio-centrismo; más tarde, con un sentido de responsabilidad aún mayor, estará sensibilizado hacia la familia de su planeta hasta alcanzar el concepto de unidad mundial, y por último entenderá que todos los individuos de la naturaleza pertenecen a un gran cosmos, convencimiento que lo convertirá en un ciudadano cósmico, fraterno, de actitudes abnegadas e interesado sólo en el bien universal.